

tenemos, y no hay que exponernos á perderlo construyendo sobre arena otros edificios, que se desmoronarán, sí, al poco tiempo, pero que harán daño á lo antiguo con su elevación al par que con su derrumbe. Deber del pueblo cristiano es sostener por ahora el Seminario, aunque no todo en él sea perfecto ni acomodado al gusto de todos, sin aspirar á otra cosa mientras no vuelvan la prosperidad, la abundancia y la perdida población. Deber del Obispo es desvivirse por él, y estimularlo, y fomentarlo, defendiendo su existencia no sólo contra enemigos extraños, sino contra toda competencia inoportuna de parte de los propios, para lo cual su potestad ordinaria, y la Santa Sede Apostólica, le suministran armas más que suficientes. Los fieles, estoy seguro, cumplirán su deber: el Obispo hartas pruebas ha dado de que sabe cumplir con el suyo.



PANEGÍRICO

DE SAN LUIS REY DE FRANCIA, PREDICADO EN LA CATEDRAL
DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 29 DE AGOSTO
DE 1897.



¡QUÁN consolador es el dogma de la comunión de los santos! Miembros todos los cristianos de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo Jesús, nos consideramos hermanos, sea cual fuere nuestra patria terrena, nuestra condición social, y la época en que nos haya tocado vivir. Si se trata de la Iglesia triunfante, á todos los bienaventurados tributamos culto, é invocamos, y sabemos que todos ejercitan nuestras plegarias é interceden por nosotros ante el trono del Omnipotente. Á Pedro el Galileo, á Lorenzo el Romano, á Vicente el español, se venera en todos los lugares de la tierra; y lo ve como progresos ayuda á la humanidad el Britano, que el habitante de la Nueva Zelanda, lo mismo el Ruso que el Indígena del Perú. Hay un me-



*Rex Assuerus omnem terram et cunctas
maris Insulas fecit tributarias.*

El Rey Asuero hizo tributaria toda la tierra,
y todas las islas de la mar.

ESTH. X, 1.



UÁN consolador es el dogma de la comunión de los santos! Miembros todos los cristianos de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo Jesús, nos consideramos hermanos, sea cual fuere nuestra patria terrena, nuestra condición social, y la época en que nos haya tocado vivir. Si se trata de la Iglesia triunfante, á todos los bienaventurados tributamos culto, á todos invocamos, y sabemos que todos escuchan nuestras plegarias é interceden por nosotros ante el trono del Omnipotente. Á Pedro el Galileo, á Lorenzo el Romano, á Vicente el español, se venera en todos los ángulos de la tierra; y lo ve como progenitores suyos en la fe, lo mismo el Britano, que el habitante de la Nueva Zelandia, lo mismo el Ruso que el indígena del Perú. Hay un me-

xicano ante cuya imagen se postran aun los hijos de la vecina República del Norte, que tan superiores á nosotros se juzgan, y ese mexicano es San Felipe de Jesús. De igual manera hoy nos agrupamos en torno á la sagrada efigie de un rey de Francia, cuya imagen adoptó por escudo esta nuestra ciudad cuando era española, á quien siguió aclamando por patrono cuando se transformó en republicana, y cuyo nombre glorioso se jacta de llevar esta importante porción de México independiente. En todos los templos franceses resuenan hoy festivos los sagrados bronce en honor de Luis IX el Santo; en las que fueron ó son sus colonias, hoy se celebran con igual motivo grandes fiestas religiosas; y en esta ciudad que nunca fué francesa, donde el gorro frigio ha sustituido la antigua corona, he aquí que nos congregamos en nuestra Iglesia Catedral, y con pompa rara vez vista, alumbradas por millares de antorchas, vienen piadosas multitudes á postrarse ante el mismo rey Francés, y vuestro indigno Pastor se apresta á pronunciar sus loores. ¡Oh bella comunión de los santos! ¿Dónde, decidme, dónde se ve tal fraternidad? ¿Dónde, fuera de la Iglesia de Cristo, se hallan los miembros de una asociación cualquiera, ligados con vínculos de tan estrecha caridad? ¡Oh! En verdad que de San Luis el Nono puede decirse con más razón que del Asuero de antaño, que ha hecho tributaria toda la tierra, y todas las islas de la mar.

Pero ¿cómo ha podido llegar á dominación tan universal y duradera, un monarca desgraciado en sus expediciones militares, que jamás dió su nombre á código alguno, cuyas victorias en su propio reino poco brillo tuvieron, si las comparamos con las de otros soberanos

cuyas hazañas ya ha olvidado la tierra? Hace pedazos nuestra orgullosa generación las leyes de Justiniano; conculca las Partidas de Don Alfonso el Sabio; reduce á cenizas el Código que se apellidó Napoleón. De las conquistas de este último nada queda; se están olvidando las de Carlomagno; de Alejandro y de César se quiere borrar aun los nombres. ¡Y el vencido de África á todos sobrevive, por todo el mundo es conocido, de toda la tierra es venerado! ¡Ah! Es que su fama no está basada en la gloria humana, frágil y perecedera, sino en la santidad y virtud, que le hicieron trocar el reino terrestre por el imperio celestial. De esta santidad os quiero hablar en este día, dándoos á conocer, ligeramente siquiera, las altas virtudes de San Luis Rey de Francia, en el trono, en el campo, en el hogar. Quiera la Virgen Santísima ayudarme en la difícil empresa de tejer el panegírico de tan insigne santo.

AVE MARÍA.

I
 Bajo malos auspicios empezó á reinar Luis el Nono. Después de un larguísimo reinado muere su abuelo Felipe Augusto, dejándolo en la infancia; y tres años más tarde pasa también á mejor vida su padre Luis VIII. Por fortuna el reyecito de once años ha quedado bajo la tutela de su incomparable madre la Reina Blanca de Castilla, y esta mujer sabe educar á su hijo de tal suerte, que da al cielo un santo, á la patria un prudente monarca, al ejército un gran general.

Desgarrada por las facciones, corrompida hasta en lo más selecto de sus hijos, se hallaba en esa época la desdichada Francia. La reina regente y el tierno niño se veían amenazados por los grandes señores y por la temible liga de los inmediatos parientes del Rey. Doña Blanca desbarata todos los planes de sus enemigos: á unos vence, á otros gana, á otros reduce á la impotencia; y cuando Luis empuña con su propia mano las riendas del gobierno, tiene ya el campo libre y le es dado desplegar su celo por la gloria de Dios y procurar sin estorbo el bien de sus súbditos.

Cuatro plagas, sobre todo, devastaban la Francia de aquella época: la blasfemia, la usura, el duelo y la herejía. ¡La blasfemia! ¡Delito execrable cuyo solo nombre nos llena de horror! “¿Qué hacéis, decía el pagano Séneca; qué hacéis, oh míseros mortales, cuando en vuestros ímpetus de ira insultáis á los dioses? Débiles cañas,

que el menor soplo de la potencia divina puede doblegar y hacer pedazos ¿cómo os atrevéis á ultrajar y á amenazar á quien os sostiene?”

¡Pobre filósofo gentil! ¿Qué dirías tú si vieras con cuánta facilidad blasfeman los cristianos de su Dios, tan superior á las farsas divinidades que tú invocabas? . . . Causa, en efecto, profundo desaliento el ver cuán común es el vicio de la blasfemia, en todos tiempos y en todos lugares. Blasfemaron los judíos cuando llamaron seductor á Jesús. Blasfemó Arrio negando la divinidad de Jesucristo. Blasfemó Nestorio al rehusar á la Virgen Santísima el título de Madre de Dios; han blasfemado Pelagio, y Lutero, y Jansenio. Pero no sólo esos heresiarcas son reos de tan enorme crimen. Blasfema quien dice que Dios es un ser cruel porque castiga tan severamente el pecado. Blasfema quien, suponiendo en Él una santidad y una misericordia compatibles con el mismo pecado, declara que á nadie condenará por lo que place al mundo llamar debilidades. Blasfema quien, imaginando que es injusticia lo que en realidad es sabiduría y equidad, manifiesta que es desigual la división que ha hecho de los bienes de la tierra, y se lanza en los errores del comunismo. Blasfema quien, figurándose que Dios puede mandar y vedar al propio tiempo la misma cosa, que le pueden agradar igualmente el bien y el mal, profesa que todas las religiones son iguales y se sumerge en el indiferentismo.

¡Oh santo Rey de Francia! Con razón se erizaron tus cabellos, al saber que en tu reino tanto y de tantas maneras se blasfemaba contra Dios. Con razón decretaste desde luego tan severos castigos contra los blasfemos.

Esta edad, más cruel que la Edad Media, pero tan hipócrita que no quiere confesar que da tormento y asesina más que en los tiempos del que llama oscurantismo, esta edad fingirá escandalizarse sin duda, al ver el hierro candente que, por orden tuya, atravesó sin misericordia la lengua de aquel parisiense que se atrevió á blasfemar después de tu decreto. ¿Será bastante imparcial para admirarte, al saber que perdonas á los que por este rasgo de justicia te maldicen á tí? ¿Te comprenderá cuando respondes que más te agradan estas maldiciones por un acto de tan alta justicia, que las bendiciones que te envían por los incontables beneficios que en torno tuyo derramas? ¡Oh santo Rey! pues eres todavía más poderoso que entonces, pues somos tu pueblo más que tus súbditos de aquel tiempo, destierra la blasfemia de entre nosotros, y haz que se pegue al paladar la lengua de quien osare insultar á nuestro Dios y Señor.

La desdichada raza de Israel, desterrada como sabéis de aquel suelo sagrado que manchó con el infando Deicidio, vaga hace siglos errante por el mundo, mezclada con las naciones que tanto ha despreciado y desprecia, y que forman ahora la herencia del Señor. Dotada de grande energía y de altas cualidades económicas, dondequiera que planta sus tiendas adquiere esas colosales riquezas que le dan tanto poder á pesar del desprecio que inspira. Como creen que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob les ha dado los bienes de los gentiles, miran naturalmente como usurpación y robo la propiedad de los que no son de su casta, y no se paran en medios para despojar de ella á los cristianos. Nada valen, en su opinión, las terribles maldiciones que en el anti-

guo testamento fulmina Dios contra la usura y los usureros. ¡Desdichado del hombre que cae en sus manos! Sea pobre ó rico, noble ó plebeyo, anciano experimentado ó hijo pródigo, nada lo librárá de un completo despojo. Odiados los judíos dondequiera, se les busca no obstante; y lo que es peor, aprenden los cristianos sus malos hábitos, adquieren su espíritu de avaricia, y pierden todo escrúpulo siempre que se trata de usura. No faltan pretextos para acallar los remordimientos de la conciencia; se consulta, se piden opiniones, é interpretando los consejos de modos que nunca estuvieron en la mente del consejero, se extorsiona al infeliz y se devora la hacienda de la viuda y del huérfano, sin siquiera el motivo especioso que á los discípulos de Moisés tranquiliza, puesto que el cristiano arruina al cristiano, el prójimo despoja al prójimo, el hermano martiriza al hermano.

La época de San Luis no estuvo, por cierto, exenta de este azote. Sin llegar el Rey á la severidad con que más tarde expulsaron á todos ó á muchos judíos de sus dominios los Reyes Católicos en España, el Czar cismático en Rusia ó el Emperador protestante en Alemania, obligó, sí, á los Israelitas á restituir lo mal habido por medio de la usura, y á los que eran cristianos por su religión, pero judíos por los hechos, castigó severamente y reprimió con sapientísimas leyes. ¡Extiende hasta nosotros tu protección, oh santo monarca, y jamás permitas que semejante plaga se introduzca en esta tu ciudad, entre este tu pueblo!

Nuestra pobre depravada naturaleza de tal manera nos impele al mal, que trastorna por completo en nues-

tra mente las ideas más sanas, y pervierte nuestros mejores sentimientos. ¿Qué idea más sublime que la de la divinidad? Y sin embargo el paganismo la pervirtió de manera, que colocó sobre los altares á monstruos sin nombre y á criminales execrables. ¿Qué cosa más sagrada que el honor? Dios mismo, por los labios de su inspirado Apóstol, nos manda defenderlo: *curam habe boni nominis*. Pero he aquí que el hombre, prefiriendo á la estimación de los justos y buenos, que es en lo que consiste el honor, el vano aplauso de los perversos, ha llegado á forjarse un ídolo, que se denomina honra, pero que debería llamarse locura. Sabiendo perfectamente que el quitar la vida al prójimo es grave delito, y que el exponer sin razón la propia es crimen no menos grande; no obstante, para conservar, ó defender, ó recobrar ese falso honor, ha inventado los combates singulares, ó desafíos, ó duelos, en que dos hombres, que á veces parecen fieras, á veces niños, dándose previa cita, y señalando sitio, armas y hora, van á sangre fría á perder de cierto la honra verdadera, y á exponerse á perder la vida temporal y la eterna, haciéndose reos á los ojos de Dios y de los buenos, de un doble asesinato. Si en la época en que vivimos, tan material y tan prosaica; si en este nuestro país tan mercantil y tan positivo, se rinde culto á esta honra mentida, y se oye hablar, no rara vez, de desafíos más ó menos sangrientos, figuraos á cuánto no llegaría esa locura en un siglo tan caballeresco como el XIII y en un país tan vanidoso como Francia. Á tiempo suscitó Dios á Luis el Nono para poner coto á tamaños desmanes. Sabias fueron sus leyes contra el duelo. Inexorable fué siempre su justicia en hacerlas ejecutar. Os decía ha-

ce un instante que Francia estaba en aquel tiempo profundamente corrompida. Debe ser errónea mi aserción, por más que se funde en el dicho unánime de los historiadores. Los pueblos tienen siempre, por disposición admirable de la Providencia, los gobernantes que merecen; y á pesar de sus vicios, muchas han de haber sido las virtudes del pueblo francés en aquella época, para merecer un gobernante tan bueno, un monarca tan sabio, tan justiciero y tan enérgico como Luis el Nono.

Una de las virtudes de ese gran pueblo era, sin duda, el amor á su religión, y la constancia en defenderla. Bienaventurado es el pueblo cuyo Dios es el Señor, dijo David en otro tiempo, *beatus populus, cujus Dominus Deus ejus*. Ningún bien, en efecto, puede compararse, aun políticamente considerado, á la unidad religiosa en una nación. Aun hoy día, en que tanto domina la corriente de la impiedad, lo comprenden así las más grandes monarquías de la tierra. Separada ¡ay! de la Iglesia Católica se halla la Rusia; pero la unidad de su religión la conserva, por medios aun violentos; protestante es la Alemania, y aunque no puede conseguirlo, quisiera que fuera una la religión de todos sus súbditos; la católica España, á pesar de corrientes contrarias, conserva todavía la unidad de su fe. Así era Francia en los tiempos que precedieron al reinado de San Luis. Pero he aquí que de repente surge en Alby una secta herética, que de aquella ciudad toma el nombre de Albigense, y que declara guerra abierta á la Iglesia y al Estado. Enseñaban sus sectarios que Jesucristo no era verdadero Dios ni verdadero Hombre; que uno fué el autor del antiguo y otro el del nuevo Testamento, que la resurrección de la carne es